III DOMINGO ORDINARIO B/2009

Esta mañana quiero contarles la historia de un sacerdote joven que conocí hace un par de años en Toronto, Canadá. Antes de hacerse sacerdote, este señor trabajaba en un centro comercial muy grande en la ciudad como un vendedor. Ciertamente el gano mucho dinero que le preemitió comprarse un condominio donde él vivía con su novia.

Una tarde cuando él iba pasar un rato con sus amigos, él tuvo un accidente automovilístico. El accidente fue tan serio que el tuvo que ser sometido a muchas cirugías y estuvo en coma por muchos días. Cuando él salio de coma, él no podía recordar nada ni reconocer nada de lo que había pasado. Aun cuando él se recuperó después de muchas semanas en el hospital y se fue a casa cojeando de la pierna izquierda. Esto fue un milagro. Él se preguntaba por que Dios le había permitido vivir.

Esta pregunta lo torturo en su corazón. Para él, Dios había tenido misericordia de el porque él quería un cambio en su vida. Él le permitió vivir para poder le dar una secunda oportunidad de vida para que se arrepintiera de sus muchos pecados y estar mas cerca de Dios. Desde de este momento, mi amigo comprendió que no había mejor camino de conversión que ofrecer a Dios el resto de su vida como sacerdote. Entonces el dejó todo atrás, entró en el Seminario y, más tarde, fue ordenado sacerdote.

¿Por qué les platico esta historia? Yo les digo esta historia por que tiene un enlace con las lecturas de hoy las cuales se enfocan en la misericordia de Dios para nosotros y nos invitan a actuar con responsabilidad. La primera lectura nos relata lo que les pasó a los habitantes de Nínive cuando ellos oyeron la predicación de Jonás cuando él los invitó a la conversión y al arrepentimiento. Tan pronto ellos se convirtieron de su mala vida, y se arrepintieron, Dios les perdonó.

El mensaje de arrepentimiento es una llamada constante a los cristianos de todos los tiempos. Esta llamada esta fundada en la enseñanza de Jesús, como le hemos escuchado en el Evangelio de hoy. De hecho, el mensaje del Evangelio se trata totalmente en el cumplimiento de la misericordia de Dios a nosotros. Por eso tenemos que dar nuestra respuesta de arrepentimiento y conversión.

Por eso Jesús insiste que creíamos en Evangelio y que nos arrepintamos. El arrepentimiento significa un cambio radical de nuestra manera de vivir, de pensar y de ser. Por lo tanto tiene algo que ver con el abandono de nuestros pecados y vivir los mandamientos de Dios. Sin embargo, la mayoría de las veces, creamos una confusión entre la pena por las consecuencias de los pecados y pena por los pecados. De hecho, muchas personas les duele la consecuencia que los pecados les traerán y no les duele el pecado en sí mismo. Si, por ejemplo, ellos estuvieran seguros que ellos podrían evitar la consecuencia, ellos harían seguramente la misma cosa otra vez. Pero lo que Jesús quiere es un verdadero odio del pecado y un amor sincero de los mandamientos de Dios.

De la misma forma, cuando Jesús nos invita a creer en la Buena Nueva que él trae, él quiere que nosotros confiemos en su palabra, creamos que Dios es realmente como él nos dice, que su amor es tan grande que él es capaz de perdonarnos y darnos una nueva posibilidad de vida. Esta es la tarea a la que Jesús llama a sus discípulos, que de es la de hacerlos sus compañeros de trabajo. Aquellos quien dicen a otros y que repiten después de Jesús: "el Reino de Dios está cerca. Arrepiéntase y crean en el Evangelio".

¿Quiénes son estas personas que Jesús llama sus discípulos? Ellos son gente ordinaria sin mucha educación, pero llamada para hacer cosas extraordinarias. En este sentido, lo que más cuenta no lo que ellos son, pero lo que ellos se harán bajo Jesús y lo que él puede hacer de ellos. Esto derrama una luz en nuestra vocación personal. Dios nos llama como somos, con todas nuestras limitaciones y debilidades, pero él quiere hacernos los instrumentos de su trabajo para la gloria de su reino. Él quiere transformarnos para lograr que realicemos la misión que él nos da.

A fin de tener éxito en esta misión, nosotros tenemos que vivir separados de cosas terrenales. Nosotros tenemos que abandonar todo y ponernos sin reservas en la disposición de Jesús. Esto es lo que él ha hecho con sus discípulos quienes abandonaron barcos, redes y familias a fin de seguirlo. Sin esta separación no podemos tener éxito en la tarea de hacernos pescadores de hombres. Lo que esto quiere decir, en otras palabras, es que nada debe interponerse en nuestro camino para seguir a Cristo.

Es en esto sentido que tenemos que entender la insistencia de San Pablo en la segunda lectura como una invitación de tomar nuestra relación con Jesús seriamente. De hecho, nuestra vida es tan preciosa que no podemos correr el riesgo de estropearlo tontamente no haciendo caso de la llamada de Cristo. Por supuesto, las cosas de la tierra tienen su verdadera importancia; pero es relativo en cuanto a nuestra vida eterna. Tenemos que vivir en este mundo, no en el desprecio del mundo y sus bienes, pero con nuestros ojos fijos en nuestra salvación eterna.

En otras palabras, San Pablo quiere decir que los valores humanos, las posesiones, los gozos, y aun el matrimonio, tienen un valor relativo comparado con la vida eterna. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no poner nuestros corazones en las cosas que pasan. Tenemos que darles el valor que tienen y no más. En otras palabras, somos poseedores de la cosas y no las cosas nos poseen a nosotros.

Sin embargo, una cosa es tener cuidado de la salvación eterna y la otra es que descuidemos cualquier relación humana y aun la relación matrimóniala bajo el pretexto de alcanzar la santidad. De hecho, existe una tendencia entre nosotros cristianos a descuidar su legítimo estado de vida sea como esposo o sea como esposa bajo el pretexto de la búsqueda de la santidad. Cualquiera cosa que hagamos en esto sentido como motivación egoísta no tiene nada que ver con la santidad, sino la satisfacción de nuestro ego. Al Cesar lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios.

En este año consagrado a San Pablo, aprendamos de San Pablo lo que significa ser un verdadero discípulo. Oremos por todos aquellos que han respondido a la llamada de Dios de varios modos que él los fortalece en su vocación. También le pedimos al Señor que nos ayude a descubrir el verdadero valor de las cosas de este mundo que no se pueden comparar a nuestra salvación eterna. ¡Que Dios los bendiga todos!

Jonás 3, 1-5, 10; 1 Corintios 7, 29-31; Marcus 1, 14-20

Fecha de Homilía: 25 Enero, 2009
© 2009 – Padre Dr. Felicien Ilunga Mbala
Póngase en contacto: www.mbala.org
Nombre de Documento: 20090125homilia.pdf